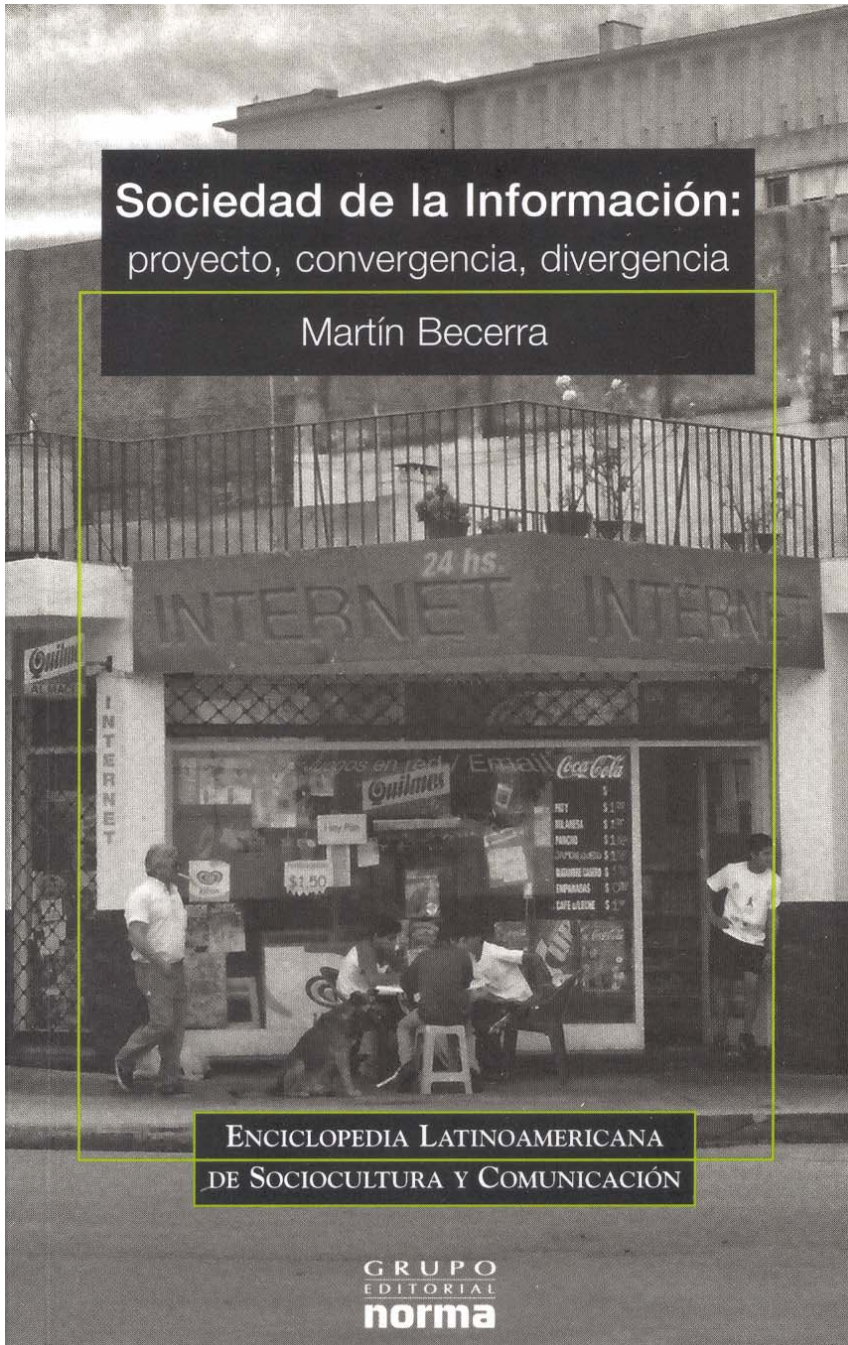


# Sociedad de la información: Proyecto, convergencia, divergencia

Por  
Martín Becerra.



Grupo Editorial  
Norma.

Primera edición:  
febrero 2003.

Este material  
es de uso  
exclusivamente  
didáctico.

## Tabla de contenidos

<b>Introducción</b> .....	9
<b>Capítulo 1</b> La Sociedad de la Información: un signo de los tiempos.....	17
<b>Capítulo 2</b> Genealogía y concepto: la definición como problema.....	23
<b>Capítulo 3</b> El nuevo modo de desarrollo.....	41
<b>Capítulo 4</b> Las cosas contra las palabras: documentos e indicadores.....	53
<b>Capítulo 5</b> Economía y comunicación.....	75
<b>Capítulo 6</b> De la divergencia a la convergencia.....	91
<b>Capítulo 7</b> Liberalización y paradojas de las políticas antimonopolio.....	103
<b>Capítulo 8</b> El acceso más allá del servicio público.....	115
<b>Epílogo</b> .....	133

## CAPÍTULO 2

# GENEALOGÍA Y CONCEPTO: LA DEFINICIÓN COMO PROBLEMA

La concepción de la sociedad informacional como proyecto es contemporánea al debate acerca del fin de la historia, lo que constituye una aparente paradoja. Ambas ideas tienen un origen común, que son las esferas gubernamentales norteamericanas,<sup>1</sup> pero sus supuestos son netamente divergentes: por un lado se halla la polémica mundial que originó Francis Fukuyama, en su doble rol de académico y asesor gubernamental, al adaptar el concepto hegeliano del fin de la historia a la coyuntura de los países centrales inmediatamente posterior a la caída del Muro de Berlín de 1989, adaptación que partía de la convicción de que el progreso, el ideal utópico y otras insignias de la modernidad habían sido sepultadas por el peso de los acontecimientos; por otro lado, el proyecto de la sociedad informacional en cambio se fundamenta en la particular reedición de los ideales modernos, tales como la convicción del progreso indefinido, la fe en el desarrollo, la esperanza en el porvenir, la confianza en la integración, y la creencia en la providencia del mercado.

Estos ideales constituyen un antecedente esencial para abordar el análisis de las nociones programáticas de la Sociedad de la Información. La genealogía de este proyecto, que en el nivel estructural se asienta en el agotamiento y consecuente modificación de las estrategias de crecimiento, con el salto tecnológico convergente como herramienta de esa modificación, debe complementarse con el examen de los supuestos ideológicos que van configurando la agenda de la sociedad informacional: la exaltación de los valores de progreso y prosperidad que este proyecto debería perseguir como objetivos.

La presencia extendida de nuevos instrumentos y servicios de información ofrecerá interesantes oportunidades de construir una sociedad más justa y equilibrada y de favorecer la realización personal. La sociedad de la información cuenta con el potencial de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos europeos, de aumentar la eficacia de nuestra organización social y económica y de reforzar la cohesión (Comisión Europea, 1994: 6).

La promesa de un mayor bienestar conforme el progreso se materialice, es una cualidad común a otros saltos tecnológicos y particularmente sensible a los saltos tecnológicos en comunicación. En rigor, la noción misma de comunicación como ideal "tuvo lugar al amparo de las ideas de la modernidad y de la perfectibilidad de las sociedades humanas. Es producto de la creencia en el porvenir. La Ilustración preparó el nacimiento de aquella (la comunicación) al preconizar el intercambio *como* creador de valores" (Mattelart, 1998: 10).

Así, el proyecto de la sociedad informacional es tributario de la confianza en el progreso como ideología. En los últimos treinta años del siglo XX se produjo el salto científico y tecnológico que, heredero de los saltos tecnológicos anteriores, profundizó, acelerándolos, sus caracteres, representados por las redes, las aplicaciones y los servicios de telecomunicaciones, microinformática, biotecnología y biogenética y nuevos materiales, tanto como por sus cualidades convergentes (de ahí que se acuñe el término telemática, para referir a la unión entre telecomunicaciones e informática).

En el plano genealógico, las ideas fuerza de la Sociedad de la Información deben ser analizadas como una reedición de algunos de los fundamentos del ideario positivista, particularmente en los términos orgánico positivos y constructivos de su filosofía. En efecto, existe una articulación entre los principios conceptuales evolucionistas que guían la construcción de la sociedad informacional, su justificación por parte de las organizaciones interesadas en su desarrollo, y el pensamiento de la corriente positivista y sus predecesores. Una de las lógicas fundantes de este pensamiento es la

---

<sup>1</sup> En el párrafo, se asimila el proyecto de la sociedad informacional al de las autopistas de la información, denominación difundida por el gobierno de los Estados Unidos durante la década de 1990.

asociación mecánica entre el progreso, el bienestar y la ausencia concomitante de conflicto, que es un resultado deseado del paradigma positivista.

Análogamente, el conflicto social es referido como un peligro, como una amenaza para el desarrollo de la sociedad informacional, pero no como una de sus causas que, de manera inversa, formaría un argumento central desde la perspectiva analítica crítico-negativa. En consecuencia, a la ausencia de conflicto como variable funcional se corresponde un modelo de sociedad ideal en el que la cristalización de niveles diferentes de acceso a los bienes y servicios (en este caso, informacionales) es analizada más como un problema individual de adaptación a los cambios que como un producto necesario e inherente a las condiciones de desarrollo de esa sociedad.

La comunicación no sólo reduciría los tiempos y los espacios geográficos, entonces, sino también las distancias sociales. Un proyecto encomiable en el que, sin embargo, la crítica a la ideología del progreso no es habilitada como legítima:

*El ideal, por no decir la ideología, del progreso se ocupa de la reflexión, evitando que no se plantee esta simple cuestión: ¿para qué sirven todas estas tecnologías de comunicación? ¿Qué relación hay entre las necesidades de comunicación de los hombres y de las sociedades y esta explosión de tecnologías? ¿Hasta qué punto sienten los hombres la necesidad de comunicar? ¿De comunicar qué y a quién? ¿Qué relación se establece entre comunicación tecnológica y comunicación humana? Ante estas sensatas preguntas, el dogma actual (...) identifica la felicidad individual y colectiva con la capacidad de estar "conectado" y multiconectado. Con la consecuencia siguiente: toda crítica, todo escepticismo, expresa y descubre un rechazo al progreso y al porvenir, ya que actualmente la idea de progreso se identifica estrictamente con las nuevas tecnologías de comunicación (Wolton, 2000: 36-37).*

En la acción de adaptar los individuos a la metamorfosis de progreso que la sociedad informacional va desencadenando, el proyecto tal como ha sido definido por la CE o la OCDE incluye la educación, toda vez que la instrucción permanente, el desarrollo de nuevas habilidades y capacidades, constituye una función elemental desde un doble propósito: económico, puesto que se configura así la fuerza laboral adecuada para lidiar con los retos de un mercado sustancialmente distinto al de hace treinta años (cuando muchos de los empleados y trabajadores realizaron su proceso formativo formal); e ideológico, porque contribuye a aprehender los cambios en términos que faciliten la adaptación a estos cambios. De esta manera, y lógicamente coincidente con los presupuestos positivistas, el progreso se asocia a un orden ya una estrategia de cohesión social.

Aunque las políticas de cohesión social tengan importancia desde lo discursivo, la agenda que durante los noventa fue configurando el proyecto mismo de la Sociedad de la Información está sustentada en objetivos principalmente económicos de orientación libremercadista:

*El mercado llevará la dirección y decidirá quién gana y quién pierde. Debido al poder y a la omnipresencia de la tecnología, este mercado (el de las tecnologías info-comunicacionales) tiene carácter mundial. La primera tarea de los gobiernos consistirá en proteger las fuerzas competitivas y garantizar una acogida política calurosa y duradera ala sociedad de la información, de modo que el impulso de la demanda pueda financiar el crecimiento, tal como ocurre en otros sectores(Comisión Europea, 1994: 8).*

El párrafo precedente, citado del Informe Bangemann, condensa el perfil libremercadista con que fue diseñado el proyecto de la Sociedad de la Información, como también cuál era el papel que, en ese diseño, le correspondía a los actores públicos. En la metamorfosis de las actividades info-comunicacionales experimentada en las últimas tres décadas del siglo XX, la tendencia se vislumbra decididamente a favor de la apertura de los mercados en un sistema que Mc Chesney denomina "global comercial" (1998a: 4).

La apelación al mercado condiciona la política de promoción del servicio universal y replantea el estatus de servicio público que, en vastas regiones, como Europa, tuvieron durante el siglo xx los bienes y servicios info-comunicacionales, pues "la consecuencia de depender del mercado consiste en poner límites muy reales a los que la gente puede esperar alcanzar. El mercado no proporciona participación, sino consumo" (Elliott, 1987: 92).

En el caso europeo, se hace hincapié en el análisis del Informe Bangemann *Europa y la sociedad global de la información* (Comisión Europea, 1994) por su importancia cualitativa en términos de hallar una definición acerca de la Sociedad de la Información, pues éste condensa, como pocos documentos gubernamentales, la necesidad de una ruptura con las prácticas pasadas (financiamiento público, subvenciones, dirigismo, proteccionismo) y "preconiza una liberalización rápida del sector de las telecomunicaciones", así como de otras actividades informacionales (Vedel, 1996: 14).

Entre la evocación al bienestar social y la activa interlocución con las fuerzas de mercado, la Sociedad de la Información aparece como una denominación que suscita una gran diversidad de significados. En el ámbito de las ciencias sociales el nombre de Sociedad de la Información (al igual que su contemporáneo globalización) no ha logrado, efectivamente, vertebrar una definición homogénea, toda vez que existen, como mínimo, tres impedimentos para ello:

El primero en importancia es de orden estructural: puesto que el proyecto bautizado como SI se halla en una fase temprana de desarrollo, y dado que centralmente refiere a procesos sociales, sería aventurado el ensayo de una definición categórica acerca de las hipotéticas prospectivas que la puesta en marcha de esos procesos sociales vaya materializando.

El segundo impedimento refiere a la ambigüedad constitutiva de la definición, ambigüedad que aparece a la vez como problema de aprehensión y conceptualización, y como herramienta funcional a la difusión y utilización masiva de la denominación, con cierta autonomía incluso respecto del ámbito de aplicación. Esta ambigüedad permite postular múltiples objetivos con un mismo significante sin que exista una obligación de precisar el significado. En palabras de Vedel, la Sociedad de la Información...

...presenta de manera casi ideal las características que facilitan la inscripción de una cuestión en la agenda pública: la simplicidad (las autopistas de la información son asimilables a objetos familiares, como el teléfono, el fax, la televisión por cable, el teléfono inalámbrico); la proximidad con lo cotidiano del individuo (las autopistas de la información conciernen la manera de vivir, de trabajar, de divertirse); la generalidad (todo el mundo está relacionado al mismo tiempo: se trata de un proyecto "global"); el impacto (las autopistas de la información son presentadas como una revolución tecnológica al menos equivalente a la revolución industrial). Pero es sobre todo la ambigüedad misma del tema, y su capacidad de aportar a múltiples objetivos, que explica sin duda su éxito (Vedel, 1996: 15).

De esta manera, la sociedad informacional que se sostiene en base a la apoyatura medular de las tecnologías de la info-comunicación, presenta el siguiente contraste: es ambigua en su definición, es huidiza en su conceptualización y alude a una diversidad de usos, procesos y productos, mientras que por otro lado, sus soportes tecnológicos ostentan las cualidades inversas: eficacia, velocidad, previsibilidad, codificación (que supone la traducción de todo contenido al código binario 0-1), aislación del "ruido" (en tributo a la cibernética y la teoría matemática de la información) y control.

El tercer impedimento está vinculado con la diversidad de miradas y tradiciones con que las ciencias sociales se aproximan a este fenómeno. Cuando en ciencias sociales se formula un concepto o se intenta aprehender los estatutos de un concepto, ¿es el concepto el que condiciona al investigador o académico a partir de las contradicciones de las que da cuenta?, ¿o es, por el contrario, el académico/investigador quien transmite sus propias contradicciones categoriales al concepto mismo? Estos interrogantes se articulan con la imposibilidad de formular una definición homogénea sobre la Sociedad de la Información.

Entre los teóricos de distintas tradiciones intelectuales, la reflexión sobre el cambio social en la estructura de los países centrales a partir de los años sesenta, la de nominación misma de estos cambios se erigió como uno de los escenarios de discordia. De este modo, surgieron seudoclasificaciones y conceptos fetiche tales como sociedad telemática, sociedad tecnocrónica, sociedad opulenta, sociedad del ocio, sociedad del conocimiento, sociedad postindustrial, sociedad global, sociedad de la información.

Al aludir al cambio social en las últimas décadas, la Sociedad de la Información expresa un problema que no sólo es semántico, sino fundamentalmente morfológico: más que a partir de la consistencia de una denominación, es a partir de la caracterización taxonómica que es preciso construir conocimiento. Y análogamente, más que promover una categorización estatutaria universal

para las tecnologías de la info-comunicación, es menester elucidar cómo se desempeñan estas tecnologías en la conformación del modelo de la SI.

En este sentido, la Sociedad de la Información no alude sólo a los medios de comunicación; no alude sólo a Internet: la pretensión de dotar al modelo de la SI de las características puntuales que una de sus aplicaciones, productos o servicios pueda poseer, supone la reducción analítica propia de la metonimia, operación que consiste en tomar la parte por el todo.

Para hacer frente a la pregunta sobre la cualidad informacional de los cambios sociales en curso, es preciso contemplar las continuidades y las rupturas que el proyecto de la SI expresa. En la genealogía de la Sociedad de la Información se encuentran algunas claves para estudiar críticamente este proyecto desarrollado durante la década del noventa como apuesta fundamental de los países centrales por consolidar una etapa de crecimiento basada en los pilares de liberalización (y privatización), desregulación y competitividad internacional. En este modelo la información aparece no sólo como recurso ideológico, manifiesto en el discurso sobre la presunta diversidad de la oferta de información y entretenimientos y la invocada democratización del acceso, sino también como un insumo productivo cardinal, toda vez que está contribuyendo a reformular la lógica del procesamiento de la producción y la circulación de bienes y servicios.

Gestado junto con estas políticas liberalizadoras adoptadas por los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE, 1997) el proyecto de la Sociedad de la Información rinde cuentas de un proceso de transformación que incluye, pero excede, la radical metamorfosis de las industrias culturales del sector info-comunicacional. Así lo subraya la Comisión Europea, organización pionera en la promoción de la sociedad informacional:

La revolución de la información acaba de comenzar, Las industrias de la Sociedad de la Información continuarán creciendo en importancia y el ritmo del cambio -más rápido que cualquiera de los cambios a los que hayamos asistido anteriormente- se acelerará aun más (CE, 1998a: 1).

Para la Comisión Europea, la Sociedad de la Información supone implicancias incuestionables en tres niveles:

- En lo económico: permite expandir el mercado, incrementar beneficios, realizar un salto en la productividad y, consecuentemente, aprovechar la convergencia tecnológica protagonizada por las industrias info-comunicacionales;
- En lo social: permite un acceso más directo a las fuentes de conocimiento, incrementa el bienestar alcanzado durante la fase denominada, justamente, Estado de bienestar, posibilita una democratización merced a las facilidades tecnológicas, implica un mejor aprovechamiento del tiempo productivo y mejora la calidad de vida;
- En lo político: permite nuevas oportunidades de participación en una democracia de tipo asambleario, mediante la conformación paulatina de una nueva esfera pública con Internet como reedición contemporánea del ágora ateniense.

Para el gobierno norteamericano, artífice de la idea de las autopistas globales de la información, las tecnologías producen una suerte de efecto derrame sobre el conjunto de las actividades económicas y, por ende, sobre los modos que la sociedad se da para organizarse, producir y reproducir(se). De hecho, la vigorización de la construcción de la agenda de la 51 se produjo luego de la adopción de la *High-Performance Computing Act* por parte del gobierno de los Estados Unidos en 1991, cuyos esfuerzos en la materia desde entonces estuvieron centrados en la promoción de las autopistas de la información, en el marco de la *Global Information Infrastructure* (GII) lanzada por el entonces vicepresidente demócrata Albert Gore en Buenos Aires en 1994, en la reunión de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). La propuesta de Gore se puede resumir en cinco puntos (Gore, 1994 y Raboy, 1997):

- fomento de la inversión privada; .incremento de la competencia;
- desarrollo de una reglamentación flexible;
- propensión aun acceso abierto; y
- gestión mediante el principio de servicio universal.

La coincidencia entre los objetivos declarados por la CE y por la administración gubernamental estadounidense es significativa aunque las denominaciones de los proyectos (*Global Information Infrastructure* por el lado norteamericano; Sociedad de la Información por el europeo) pueda suscitar contrapuntos. En realidad la Comisión Europea, que ya antes de la década de los noventa había esbozado planes de liberalización de las actividades informacionales como las telecomunicaciones, rebautizó las autopistas estadounidenses como Sociedad de la Información con la voluntad de dotar de un contenido social al proyecto.

Vista como producción histórica, la Sociedad de la Información trata de transformaciones socioeconómicas cardinales en la estructuración de las sociedades en los países centrales. La estructura económica es transformada y con ella el conjunto de relaciones sociales. En estas transformaciones, las tecnologías de la info-comunicación, notablemente las engendradas en tomo a la microinformática y las telecomunicaciones, desempeñan un rol protagónico en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Ya en *El advenimiento de la sociedad postindustrial* aparecido originalmente en 1973, Daniel Bell intentó demostrar que en la generación de la riqueza nacional estadounidense, el sector industrial cedía terreno ante el crecimiento del sector terciario. Bell forma parte de un grupo de analistas del cambio social cuyo objetivo era aprehender en calidad y cantidad las transformaciones estructurales en la sociedad. En ese texto, el sociólogo norteamericano advertía sobre los límites del modelo que estudiaba bajo la denominación de postindustrial, al sostener que sólo se refería a una docena de países las economías más avanzadas.

Hoy conviene recordar esa advertencia, que configura el preámbulo de la SI, pues este modelo (como el de Bell) define como característica fundamental la centralidad de los procesos info-comunicacionales en la estructura productiva de los países altamente industrializados. Precisamente esta centralidad es citada por Bell como característica del fin del capitalismo en su modo de desarrollo industrial tal como se había consolidado entre 1944 y 1973, por ubicar dos episodios significativos: la cumbre de Bretton Woods en que se acordaron las líneas maestras del sistema monetario internacional y la crisis del petróleo posterior evaluación del dólar como expresión del agotamiento del sistema pactado treinta años antes.<sup>2</sup>

La relectura de Bell es pertinente como estrategia de estudio del proyecto de la SI, porque el autor propone un marco de análisis que escapa a las operaciones metonímicas anteriormente especificadas y plantea un abordaje metodológico riguroso. Mattelart subraya, al referirse a los estudios de Bell, "la voluntad de no circunscribirse a la mera problemática de los medios, tal como la habían configurado los enunciados de la sociología de la comunicación y de la cultura de masas, para reinsertarlos en el contexto más amplio del nuevo sistema tecnológico de las comunicaciones" (Mattelart, 1993: 155).

La prospectiva de la sociedad postindustrial, que Bell compartía con Alain Touraine, Zbigniew Brzezinski, Marc Porat, Alvin Toffler y Fritz Machlup, entre otros, ha sido contestada por otros autores (véase Frankel, 1989, o Ritzer, 1996 y 1998). En esencia, Bell subrayaba que la nueva sociedad postindustrial estaría basada en nuevas formas de gestión social de una economía asentada en la producción y circulación de conocimientos, que propendería al reemplazo de los trabajadores de ello azul por los de cuello blanco en el marco de un bienestar social creciente y generalizado. La efectiva extensión de la informatización de los procesos de producción de bienes y servicios ha permitido, con el pasar los años, contrastar el discurso de la sociedad postindustrial con los cambios estructurales registrados en los países centrales, como advierte Wolton:

Progresivamente, millones de trabajadores han utilizado los ordenadores en la industria o en los servicios y este uso masivo ha "desinflado" el discurso revolucionario que anunciaba la sociedad

---

<sup>2</sup> En 1944 105 países aliados, en las vísperas de su triunfo en la Guerra Mundial, sentaron las bases de la recomposición de la economía en una cumbre organizada en Bretton Woods (Estados Unidos), acordando los términos de convertibilidad de las principales monedas y la estabilidad de la cotización entre las mismas. Se estableció la convertibilidad indirecta de las distintas monedas en oro con el dólar estadounidense como moneda internacional de reserva, gracias al sistema *Gold Exchange Standard*, sellado al calor de la hegemonía de la economía norteamericana. El desarrollo industrial de la posguerra -particularmente en Europa- se basó en estos principios que empezaron a manifestar signos de agotamiento en los sesenta, cuando el sostenimiento del dólar se reveló como una medida artificial en función del crecimiento del déficit de la balanza de pagos de los Estados Unidos y de su endeudamiento. En 1971 se decretó oficialmente la inconvertibilidad de esa moneda en oro y se produjo la devaluación del dólar que fue la expresión del agotamiento del sistema monetario en un contexto de capitalismo industrial desarrollado con otros actores, ya no sólo los Estados Unidos, interviniendo como potencias.

"postindustrial. Parece ser que nadie ha aprendido la lección de este asunto, puesto que hoy intuimos una especie de repetición de las promesas. (Wolton: 2000: 94 y 95).

En efecto, la ecuación de la tendencia postindustrial demostrado fallas constitutivas: las consecuencias del cambio socioeconómico son, en muchos aspectos, inversas a las imaginadas hace treinta años, en particular la secuela de precariedad y pérdida de empleos<sup>3</sup> y la creciente brecha, de dimensiones mundiales, en la distribución del ingreso. También se ha observado, como contrapunto básico con estos autores, que si el indicador de postindustrialismo de las sociedades fuese la mudanza de la mano de obra industrial al sector servicios, México, por citar un país donde la economía informal tiene un impacto mayúsculo, sería una potencia postindustrial (Arriaga, 1985) .

Por lo demás; el hecho cuantitativo que el sector servicios acapare la mayoría de los empleos creados en las décadas del ochenta y del noventa, argumenta Ritzer (1998), ha sido complementado con una propiedad cualitativa insoslayable: la mayoría de esos empleos requiere una baja o muy baja capacitación o formación. "No hay mejor ejemplo que la montaña de empleos producida por la industria de la comida rápida (*fast food*)", afirma Ritzer en su trabajo sobre La tesis de la *McDonaldización* (1998: 60).

Entre las profecías postindustriales y el proyecto de la Sociedad de la Información media la descomposición del Estado de bienestar en los países centrales. Por Estado de bienestar se entiende el modelo de políticas públicas distributivas de planificación y protección social consolidadas como reestructuración del capitalismo a fines de la Segunda Guerra Mundial. Y basadas en el acuerdo entre el Estado, el capital y los trabajadores, inspiradas en el modelo keynesiano de una economía industrializada asentada en el consumo de una población activa plenamente empleada. Hobsbawm llama Estado de bienestar a aquellos Estados en los que el o en bienestar -salud, educación, seguridad social- se convierte en la mayor parte del gasto público total (Hobsbawm. 1996: 286). Este modelo de crecimiento expresó también un sistema de relaciones centro-periferia marcadas por la dependencia de un Tercer Mundo que no participó con el grado y profundidad en que lo hicieron los países centrales en la asignación de los beneficios de este modelo.

El modelo del Estado de bienestar fue un modelo de crecimiento y expansión de la economía. Se correspondió, entonces, con una política de acumulación basada en la edad de oro de la difusión de fuerzas productivas cimentadas en el modo de desarrollo industrial. Este modelo comenzó a dar indicios de agotamiento a fines de los años sesenta y se expresó con crudeza durante los setenta. La crisis, entendida como singular derivación de las distorsiones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, plantea la necesidad de recomponer un circuito expansivo de relaciones y tensiones. En este sentido, la representación del agotamiento del modelo de expansión keynesiano en los países más industrializados del planeta fue una sucesión de crisis contemporáneas con el desarrollo de la industria de la microelectrónica, asentada en base a la producción del microprocesador en 1971 y de la computadora personal en 1975.

En otras palabras: una de las estrategias de resolución ante la manifestación crítica de la extenuación de un modo de desarrollo fue la innovación tecnológica que permitió revolucionar los patrones de funcionamiento y la composición de las fuerzas productivas. Aquí es donde el factor informacional aparece con un acento inédito.

---

<sup>3</sup> Es importante la distinción entre precarización y flexibilización. De hecho, mientras la precarización es un proceso que llevado a cabo s casos más extremos conduce a una rigidez cada vez mayor del mercado laboral, la flexibilización implicarla por el contrario la posibilidad de elección de condiciones de contratación adecuadas a cada caso. "Cada vez está más limitado lo que los sindicatos pueden negociar, y a eso las empresas sin rostro, con marca pero sin nombre, le llaman 'flexibilizar el trabajo'. En verdad, lo que se vuelve -más que flexible- inestable es la condición laboral; el trabajo es rígido porque es inseguro, hay que cumplir estrictamente los horarios, los rituales de sometimiento, la adhesión a un orden ajeno, que el trabajador acaba interiorizando para no quedarse sin salario" (García Canclini, 1999a: 62).